

Rodó, guía de lectores jóvenes

=Del prólogo a la obra *Rodó en la cátedra*, por Juan Carlos Sabat Pebet. Publicaciones de la Asociación Estudiantil «J. E. Rodó», Montevideo, 1981=



J. E. Rodó.

... Pero lo doloroso del problema es el olvido en que se tiene a nuestro grande Rodó. Escribo estas líneas bajo los aromáticos eucaliptos del parque que lleva su nombre y se me ocurre preguntar: ¿Es con denominaciones o monumentos que se premia la labor de los escritores destacados? No. La mejor paga es la lectura de sus obras. Y el autor de *El que vendrá* no se lee. ¿Han perdido valor sus páginas en el corto espacio de trece años que nos separa de su muerte? Aun en el caso de que al referirnos a algunos problemas sociales pensáramos de manera distinta al Maestro, todavía necesitamos mucho de las páginas de *Ariel*—libro de vidente—para fortalecer nuestro credo idealista, frente al alud del mercantilismo que vence los ligeros diques que le oponen tan sólo algunos que que, por ello, son llamados ilusos o débiles mentales; todavía—y siempre—es menester la lectura de *Motivos de Proteo* para encarrilar los impulsos vocacionales de la juventud. Y este es un asunto de tanto o más trascendencia que el anterior. No sé si se debe culpar a los planes de enseñanza o a qué, ni es el lugar oportuno para tales disquisiciones. Lo real, lo evidente, es que nuestros jóvenes, en una elevada proporción, siguen tal o cual carrera u oficio sin haber hecho antes el debido examen de conciencia, o si lo han realizado, han sido los factores de interés económico o puramente egoísta los que han primado en su determinación y no los de índole verdaderamente superior, que de acuerdo con las condiciones personales de cada uno, podrían producir investigadores (¿hasta cuándo clamaremos para que se lleven a la práctica los proyectos por los que se crean las facultades de estudios desinteresados?), médicos, comerciantes, ingenieros o industriales, quienes, conscientes del uso racional de su vocación, prestarían al país los altos servicios que el pueblo le es deudor en atención a la enseñanza totalmente gratuita en vigencia.

Volver a Rodó, en esa obra maestra, es pues, una necesidad nacional. ¿Cuál es el instituto llamado a provocar esa reacción? Sin duda alguna, la Universidad. Y ésta, actualmente es muy poco lo que puede hacer en ese sentido. En el tercer curso de Idioma Castellano, el estudio del crítico de Montalvo ocupa la bolilla final, lo que equivale a decir que no puede hacerse en la forma amplia y sugerente que el propio espíritu de su obra merece, pues en los últimos meses del curso es el fantasma del examen de la promoción el norte y guía de

los estudiantes, quienes, no se preocupan, por lo tanto, de aquellas nociones de más importancia para su vida, pero secundarias para ellos si se les juzga en relación con las pruebas de fin de curso. Y así ocurre que en el noventa y cinco por ciento de los casos—lo dice quien tiene mucha experiencia—los alumnos conocen casi por única obra de Rodó, *La pampa de granito*. Y *La pampa de granito*, que merece de Lauxar estas palabras: “Más vale el reposo de la muerte que ese tormento dantesca del esfuerzo sin alegría”, tiene una falla fundamental que—en mi concepto—la aparta de una de las ideas más interesantes desarrolladas en *Ariel*, “Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría que es el ambiente de la acción y entusiasmo, que es la palanca omnipotente”. Y ninguna de estas dos condiciones, necesarias para el perfecto vivir, puede derivarse del trabajo impago que realizan los tres niños dominados por el viejo “indiferente e inmutable como la pampa de granito”.

Pero, se dice, no es sólo el lugar que ocupa en los programas lo que conspira contra el conocimiento de Rodó. Hay otro factor de importancia: la falta de cultura de los alumnos de Tercero y aun de los de Preparatorios, para entenderlo. Tal objeción es aceptable, pero con restricciones. Renán, Guyau, Taine, Emerson, son huéspedes desconocidos para el muchacho de Secundaria.

Pero Rodó tiene muchas páginas en que brilla por sí solo, con magnitud suma, sin necesidad de recurrir a las influencias de esos pensadores que tanto han contribuido a su formación personal. Y sin hacer alusión a ellos, es fácil—por medio de una hábil selección—producir en el alumno la impresión total del gran montevideano, alejándolo de toda dificultad y de cualquier incompreensión: Yo hice la prueba con mis discípulos, el año 28, en que realicé el estudio de Rodó a mitad del curso—una vez terminado el del siglo de oro—y el resultado logró colmar mis propósitos.

Aún hay otra razón poderosa para predicar la vuelta de Rodó.

Necesitamos deleitarnos y deleitar nuestros jóvenes con la lectura de esas páginas de pureza pocas veces igualada, en las que se habla un castellano modelo, que contrasta con esa fácil versificación tangómana, cuyo destierro debe predicarse desde la cátedra y desde el hogar, para defender la lengua, no de innovaciones y neologismos felices y relacionados con el paralelismo que debe existir entre

la evolución de las sociedades y sus respectivos idiomas, sino contra esa infecta plaga de terminejos lunfardos, que, nacidos en el lodo, pretenden ensuciar—y lo consiguen en parte—el léxico de muchos que no comprenden el verdadero significado de palabras espúreas, e inocentemente las difunden por doquier.

El porqué de esta obrita, con la que no me propongo asociar mi nombre al del Maestro, sino difundir sus páginas entre la muchachada universitaria, se explica por el entusiasmo que despertó en mí la lectura del artículo “La enseñanza de la literatura” inserto en *El Mirador de Próspero*:

“Uno de los intentos meritorios en que podrían probarse el desinterés y la abnegación de un espíritu de alta cultura literaria,—se dice allí—sería el de escribir, para los estudiantes, un texto elemental de teoría de la literatura. Extiendo la observación a todos los idiomas, a todos los pueblos cultos, hasta donde yo alcanzo a saber de ellos: en parte alguna ese humilde libro que sueño se ha hecho tal como lo imagino y como sólo podría realizarlo quien, teniendo el criterio, el sentimiento y el gusto de un verdadero entendedor de la belleza literaria, tuviese al propio tiempo la vocación evangélica de hacer a las almas nuevas e ignorantes esa obra de misericordia que consiste en abrir los ojos ajenos a la luz de lo bello”.

(Pasa a la página 269.)